

XIX domingo Tiempo Ordinario

8 de agosto de 2021

- **1 Re 19, 4-8.** Con la fuerza de aquella comida, caminó hasta el monte de Dios.
- **Sal 33.** Gustad y ved qué bueno es el Señor.
- **Ef 4, 30 - 5, 2.** Vivid en el amor como Cristo.
- **Jn 6, 41-51.** Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo.

En aquel tiempo los judíos murmuraban de Jesús porque había dicho: «Yo soy el pan bajado del cielo», y decían: «¿No es este Jesús, el hijo de José? ¿No conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo dice ahora que ha bajado del cielo?».

Jesús tomó la palabra y les dijo: «No critiquéis. Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado. Y yo lo resucitaré en el último día. Está escrito en los profetas: “Serán todos discípulos de Dios”. Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí. No es que alguien haya visto al Padre, a no ser el que está junto a Dios: ese ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: el que cree tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo».

(Juan 6, 41-51)

1. Desde la Palabra de Dios

El pasado domingo, al comenzar la lectura del discurso del Pan de Vida, nos encontrábamos a Jesús conversando con “la gente”, con el pueblo ante quien se muestra como un nuevo Moisés que les trae un

alimento para la eternidad. Hoy entra en diálogo con los líderes judíos que no pueden reconocer en Jesús la divinidad: es el hijo del carpintero, ¿cómo alguien de quien conocemos sus orígenes puede decir que ha bajado del cielo? A Jesús no le extraña de que duden de Él; conoce la dureza que hay en el corazón del hombre.

No estamos tan lejos de esa situación: hoy muchos dudan de la divinidad de Jesús. Resulta difícil reconocer la presencia de Dios en los momentos de crisis, de enfermedad, de dolor,... Cuesta trabajo creer en la institución eclesial, en su predicación, parece que hay que tener un extra de fe para reconocer a Jesús.

También hoy a nosotros nos dice Jesús: «no critiquéis. Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre». Los que le conocemos, los que tratamos de seguirle, debemos lograr que Dios sea Pan visible, Pan compartido para que no falte en ninguna mesa y que la humanidad sea cada vez más generosa y solidaria. Cada Eucaristía es una oportunidad para que ofrezcamos a Jesús nuestra vida poniéndola al servicio de los demás.

Como aquel día en Cafarnaúm, la gente sigue buscando a Jesús porque se ha quedado entusiasmada con sus milagros, pero cuando Jesús afirma que Él es el verdadero pan que ha bajado del cielo para la vida del mundo, muchos se escandalizan, no comprenden, y comienzan a murmurar.

Somos nosotros los que hemos de recordar a los hermanos las palabras de Jesús: «el que cree en mí, tiene la vida eterna». No es difícil salvarse. Solo hace falta un poco de fe para acercarse a Él, para alimentarse de Él, y, así, tener vida eterna.

La fe da fruto cuando nos dejamos *atraer* por el Padre hacia Jesús. Con actitud de fe, podemos comprender el sentido del *Pan de la vida*, de la

Eucaristía que Jesús nos ofrece cada día, cada domingo reconociendo en ella su carne entregada para la vida del mundo.

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este domingo prosigue la lectura del capítulo sexto del Evangelio de Juan, donde Jesús, habiendo cumplido el gran milagro de la multiplicación de los panes, explica a la gente el significado de aquel “signo” (Jn 6,41-51). Como había hecho antes con la Samaritana, a partir de la experiencia de la sed y del signo del agua, aquí Jesús parte de la experiencia del hambre y del signo del pan, para revelarse e invitarnos a creer en Él.

La gente lo busca, la gente lo escucha, porque se ha quedado entusiasmada con el milagro, ¡querían hacerlo rey! Pero cuando Jesús afirma que el verdadero pan, donado por Dios, es Él mismo, muchos se escandalizan, no comprenden, y comienzan a murmurar entre ellos: “De él –decían–, ¿no conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo puede decir ahora: 'Yo he bajado del cielo'? (Jn 6,42)”. Y comienzan a murmurar. Entonces Jesús responde: “Nadie puede venir a mí, si no lo atrae el Padre que me envió”, y añade “el que cree, tiene la vida eterna” (vv 44.47).

Nos sorprende, y nos hace reflexionar esta palabra del Señor: “Nadie puede venir a mí, si no lo atrae el Padre”, “el que cree en mí, tiene la vida eterna”. Nos hace reflexionar. Esta palabra introduce en la dinámica de la fe, que es una relación: la relación entre la persona humana, todos nosotros, y la persona de Jesús, donde el Padre juega un papel decisivo, y naturalmente, también el Espíritu Santo, que está implícito aquí. No basta encontrar a Jesús para creer en Él, no basta leer la Biblia, el Evangelio, eso es importante ¿eh?, pero no basta. No basta ni

siquiera asistir a un milagro, como el de la multiplicación de los panes. Muchas personas estuvieron en estrecho contacto con Jesús y no le creyeron, es más, también lo despreciaron y condenaron. Y yo me pregunto: ¿por qué, esto? ¿No fueron atraídos por el Padre? No, esto sucedió porque su corazón estaba cerrado a la acción del Espíritu de Dios. Y si tú tienes el corazón cerrado, la fe no entra. Dios Padre siempre nos atrae hacia Jesús. Somos nosotros quienes abrimos nuestro corazón o lo cerramos.

En cambio la fe, que es como una semilla en lo profundo del corazón, florece cuando nos dejamos “atraer” por el Padre hacia Jesús, y “vamos a Él” con ánimo abierto, con corazón abierto, sin prejuicios; entonces reconocemos en su rostro el rostro de Dios y en sus palabras la palabra de Dios, porque el Espíritu Santo nos ha hecho entrar en la relación de amor y de vida que hay entre Jesús y Dios Padre. Y ahí nosotros recibimos el don, el regalo de la fe.

Entonces, con esta actitud de fe, podemos comprender el sentido del “Pan de la vida” que Jesús nos dona, y que Él expresa así: “Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que coma de este pan vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo” (Jn 6,51). En Jesús, en su “carne” –es decir, en su concreta humanidad– está presente todo el amor de Dios, que es el Espíritu Santo. Quien se deja atraer por este amor va hacia Jesús, y va con fe, y recibe de Él la vida, la vida eterna.

Aquella que ha vivido esta experiencia en modo ejemplar es la Virgen de Nazaret, María: la primera persona humana que ha creído en Dios acogiendo la carne de Jesús. Aprendamos de Ella, nuestra Madre, la alegría y la gratitud por el don de la fe. Un don que no es “privado”, un don que no es “propiedad privada”, sino que es un don para compartir: es un don “para la vida del mundo”.

(Papa Francisco. Angelus, 09/08/2015)

3. Desde el fondo del alma

Yo soy el Pan de vida.

El que viene a mí no tendrá hambre

El que cree en mí no tendrá sed

Nadie viene a mí, si el Padre no lo llama.

Yo lo resucitaré,

Yo lo resucitaré,

Yo lo resucitaré

en el día final.

El Pan que yo daré,

es mi Cuerpo, vida del mundo.

El que coma de mi carne tendrá vida eterna,

tendrá vida eterna.

Mientras no comas

el Cuerpo del hijo del hombre,

y bebas de su sangre, y bebas de su sangre,

no tendrás vida en ti.

Yo soy la resurrección. Yo soy la vida.

El que crea en mí aunque muriera

Tendrá vida eterna tendrá vida eterna.

Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo,

El Hijo de Dios, que vino al mundo

para salvarnos para salvarnos.